

X JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

# FILOSOFIA DE LA LIBERTAD



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

## FILOSOFIA DE LA LIBERTAD

(Continuación)

### FENOMENOLOGIA

Que lo exterior tenga o no tenga existencia fuera de nosotros, acaso sea por tanto, una cuestión ajena en tratándose de la libertad, ya que en entrambos casos habremos de sentir, como lo acabamos de ver, el conflicto evidente entre lo que llamamos lo interno y lo externo, que, por otra parte no es sino el aspecto psicológico de la distinción y la multiplicidad. Lo que no soy yo, lo distinto de mí es lo externo para mí, que soy lo interno. Cuando hay dos cosas distintas, y la una no es la otra, la una es para la otra lo externo, están las dos en relación de exterioridad. Hay muchos fenómenos, cosas, seres, energías, fuerzas. Hay diferentes y opuestas direcciones, sentidos, corrientes, hay choque, lucha, guerra. Hay, por tanto, lo interno y lo externo, que se comprenden mejor, es claro, cuando se traducen en lenguaje psicológico. Y cada fuerza, cosa, ser, dirección o corriente se muestra tendiendo a mantenerse y defenderse en su forma, sentido, modo de acción, distinción, o sea libertad. Por eso hemos dicho que el principio o raíz de ésta es la esencial variedad del ser y la vida. En habiendo multiplicidad y variedad en el ser y la acción, el problema de la libertad se perfila claramente.

Lo que objetivamente vemos como distinción, nuestra conciencia lo aclara porque, merced a la auto-reflexión, nos ayuda a comprender que eso es oposición, contraste, contrariedad entre dos principios, interno y externo, de impulsos y fuerzas. Y todo esto son hechos, hecho de conciencia indu-

bitable, hecho de observación y experiencia cotidiana, hecho elemental y sencillo, presente a nosotros en primordial intuición, en claridad y evidencia irresistible. Multiplicidad y diversidad en la conciencia subjetiva. Multiplicidad y diversidad en lo que llamamos el mundo. Y cualquiera que sea el principio de unidad que enlace esta diversidad, cualquiera que sea la relación, interdependencia o solidaridad que abarque y envuelva a esta multiplicidad, tan en el hecho está lo uno como lo otro, entrumbos a dos, sin confundirse, requiriéndose mutuamente, sin que la relación pueda borrar la distinción ni evitar la discordia, sin que la diferencia y la oposición puedan romper o anular la unidad fundamental. Hecho primero, que no admite discusión ni apelación y que después lo consideramos detenidamente en capítulo aparte.

El concepto de libertad, que tiene su lado negativo —ausencia de obstáculos que nos impidan obrar— tiene verdadero carácter positivo en cuanto supone o envuelve el poder de obrar. Fouillée anota los dos aspectos y dice. "La libertad práctica, bajo su aspecto negativo, es el **máximun** posible de independencia".... "Cuando nosotros nos declaramos libres, queremos decir en primer término que nosotros nos hallamos desprendidos y separados de ciertas leyes, que nos hallamos liberados de ciertas necesidades, que somos nosotros independientes bajo tales y cuales respectos". "En su contenido positivo, la independencia que constituye la libertad aparece como el **maximun** de potencia individual que puede pertenecer al yo; maximun que no se alcanza precisamente más que en la acción realizada en vista de lo **universal**"..... "La primera noción que nos sirve para concebir de una manera positiva nuestra potencia independiente, y que nos sirve para buscarla siempre más lejos, siempre más elevada, es, por consiguiente, la idea de nuestro yo; se deja escapar la libertad cuando se hace abstracción de los individuos"..... "El término este de libertad ha designado siempre, bajo cualesquier punto de vista que se considerase la potencia independiente del yo; "necesidad" representa la parte del **todo**, así como "libertad" representa la parte del individuo en la antinomia entre los dos términos que hay que conciliar. Es, por consiguiente, la libertad el límite ideal del desenvolvimiento más elevado posible de la voluntad propia, el término de la individualización consciente y voluntaria, que es la idea misma de individualidad,

la realización de la idea de la persona y de la idea del poder personal. Pone de esta suerte la libertad al yo, frente al no yo, frente a otro. . . . . El yo constituido y consciente de sí mismo podrá ser libre; es decir, podrá hallarse verdaderamente determinado **por sí mismo**, y lo que es aún más, podrá determinarse **a sí mismo**" . . . . . "Cuando, por consiguiente, somos nosotros real y verdaderamente **libres**, es precisamente cuando somos nosotros determinados más bien que por el otro, por nuestro carácter **virtual e ideal**. La libertad tiene los ojos dirigidos hacia el porvenir, hacia lo posible, hacia aquello que nosotros nos representamos como contingente, en el sentido de que nosotros lo concebimos como no pudiendo salir de la ambigüedad más que por medio de nuestro esfuerzo personal. Esta reacción, complicada de sí mismo sobre sí mismo, en la plena luz de la reflexión, por medio de la idea, es realmente lo que constituye la libertad moral".

Lo que, condensado, puede significar obrar o ser como se quiere y querer como se es o se aspira a ser. Determinarse por sí mismo es tener en sí mismo el origen de la determinación; determinarse a sí mismo es llegar a ser como uno aspira o quiere ser. Querer como se es y ser como se quiere. Yo me hago a mí mismo. "Yo soy lo que yo quiero", que dijo Sécretan. "Ser = querer = ser". ¿Es ésta una ecuación? El examen de este punto lo dejamos para el momento en que tratemos del libre albedrío. Hoy queremos hacer notar tan sólo que el concepto de libertad exige, para que corresponda a un hecho incontrovertible, en el sentido popular y común, el poder de hacer como se quiere, esto es, de conformidad con la volición, ya que, según lo hemos anotado, volición, deseo o apetito que se queda sin poder exteriorizarse, sin poder obrar, es algo que no llega a ser, algo trunco, algo mítico, impotente, abortado, sin libertad. Pero tampoco es querer libre u obrar libre el que en su raíz se halla viciado por voluntad ajena, por hipnosis, y no traduce el fondo íntimo, propio de cada yo, el ser interior y profundo. Pero desde hoy conviene insistir en que la libertad representa un movimiento, una acción en que forzosamente, hay el paso de un ser potencial o virtual a un ser real, lo que acaso impide que la ecuación apuntada implique una perfecta igualdad, un exacto determinismo, una matemática equivalencia. En este caso se ve con claridad lo que decíamos en el exordio, esto es, que el concepto rígido, la ecua-

ción de conceptos no puede dar la intuición de la verdadera y viva realidad, ya que ésta es, especialmente cuando se trata de acción y obrar, fluencia, **devenir**, evolución, sucesión. Bien dice Le Roy, que toda ecuación expresa relaciones estáticas entre simultaneidades".

El querer viene del ser que somos, pero se encamina al ser que seremos. El ser es un ser **infieri**, que se está haciendo, una duración cualitativa, continua, indivisible, y, no obstante, heterogénea y creadora en el sentido de Bergson. Por esto, dice Bergson, es exacto decir que lo que hacemos depende de lo que somos; pero a esto debe añadirse que en cierto modo somos lo que nos hacemos, y que nos creamos continuamente a nosotros mismos. El querer revela lo que somos en lo que deseamos ser. Es el punto de intersección entre la potencia y el acto, que decía Aristóteles, la **tendencia** que decía Leibnitz, el nervio del cambio o transformación que dirían los positivistas. Puede calificarse de metafísicas a estas ideas, pero ellas nos sirven para aclarar la noción de la libertad. En sentido empírico, todo ello resulta de la conciencia que tenemos de que la concatenación de los fenómenos puede ser de diversa manera según que se desarrollen prevaleciendo el influjo de lo interior o de lo exterior en el querer y el obrar. Es un hecho que, en cierta medida, nosotros podemos hacerlo que queremos y podemos querer como somos; el obrar depende del querer y éste del ser propio de cada uno. Mas no en igualdad absoluta, sino como diría Bergson, que en la duración pura "vemos salir la acción de sus antecedentes por una evolución **sui generis**, de tal suerte que vuelven a encontrarse en esta acción los antecedentes que la explican, y que ella añade, sin embargo, algo absolutamente nuevo, que se halla en relación de progreso sobre ellos como el fruto sobre la flor". "La libertad, agrega, no es en modo alguno, conducida de esta manera, como se ha dicho, a la espontaneidad sensible. A lo sumo sería así en el animal, cuya vida psicológica es predominantemente afectiva. Pero en el hombre, ser pensante, **el acto libre puede denominarse** una síntesis de sentimientos y de ideas, y la evolución que conduce a él una evolución razonable".

En poder hacer lo que se quiere consiste el dirigir sus actos, gobernarse a sí mismo, regir su vida que, en cierto sentido, es privativa y esencial condición de todo ser vivo. Porque, ¿en qué consiste la vida, qué es lo característico de

un ser vivo? Todos los biólogos están contestes en declarar que es la asimilación, cuyas consecuencias han de verse en el crecimiento, el desarrollo y la fecundidad. La asimilación es fenómeno químico singular, mediante el cual una célula o **plástida** conserva y acrecienta, a expensas de un medio determinado, su propia sustancia. Cosa nueva en el orden químico donde todo cuerpo que reacciona pierde de su ser y se transforma o entrega a otro. Reacción airosa, para sí, dirigida hacia adentro, que transforma elementos de fuera en elementos propios. Primer caso, descartando fenómenos algo análogos en los cristales, en que un cuerpo, en relación con otros, impone, hace prevalecer su propia modalidad, su constitución, sus propiedades. ¿No se ve claro aquí, en el ser vivo, en la vida más elemental, la potencia de ser como ya se es y de obligar a lo otro a ser como uno? Aun haciendo abstracción de la conciencia en los animales y en el hombre, por considerarla simple **epifenómeno** como lo pretenden los positivistas, aun considerando la asimilación como fenómeno singular de puro orden químico ¿no se echa de ver cómo este fenómeno resalta entre los otros por la preponderancia en él del ser propio, de su estructura y dinamismo, en la relación química con el medio exterior? Si en todos los cuerpos, en todas las masas, en todas las fuerzas o fenómenos, por el mismo hecho de la distinción y multiplicidad, observamos que hay resistencia a cambiar de estado y de ser, ya en el orden mecánico o físico, ya en el orden químico ¿qué decir del fenómeno vital que está demostrando un vigor nuevo para mantenerse, defenderse, adaptarse, acrecentarse y reproducirse? Reacción para sí, dirección propia, actividad inmanente como dicen los filósofos, que recae en robustecimiento del propio ser, del propio poder, de la propia sustancia, eso es la vida, en su función elemental. Y allí está el germen de lo que en la existencia superior, en el hombre, habrá de volverse necesariamente poder de hacer lo que se quiere, facultad de gobierno propio, tendencia a regir la propia vida, libertad.

Los filósofos han dicho que la voluntad es señora y dueña de sus actos, dando a este concepto el sentido del libre albedrío. Pero ser dueño de sus actos es poder disponer de ellos y dirigirlos de acuerdo con la voluntad del yo, sin más, sin necesidad de entrar a dilucidar aquella cuestión oscura y sutil del libre albedrío, que la dejamos para después, y que no debe ensombrecer el hecho claro y límpido de la libertad

que se muestra patente e incuestionable en el hecho general de la distinción y pluralidad, en el hecho físico de la resistencia, en el hecho químico de la reacción, en el hecho vital de asimilar, crecer, desarrollarse y multiplicarse, y, sobre todo, en el hecho psicológico de sentirse, pensar, querer y obrar. Este poder de obrar, este poder de dirigirnos y governarnos nos da conciencia de que somos dueños y árbitros de una fuerza que está en nosotros y de la cual depende, en una medida que por pequeña que sea tiene inmenso valor, no sólo el destino nuestro sino el futuro de los otros y del mundo. Somos seres activos, somos una causa, un antecedente que tendrá consecuencias. Y es tal la ineludible expansión de esta fuerza, que ni la creencia en el determinismo riguroso ni la creencia en el fatalismo son parte para abatirla. El hombre fuerte, aquel que se siente poseedor de una gran energía intelectual, sentimental o física, no dejará de obrar porque la crea invariablemente determinada o aun inútil. Y al obrar, experimentará el gozo de ser, de dar curso a esa fuerza con la que se halla identificado y que, si viene de fuera, al constituirle a él, se distingue y separa de algún modo de todo lo restante. Gozo de ser algo, un punto insustituible en el canal del destino, una fase en el proceso universal, un reflector de la luz de los mundos, un obrero de la forja infinita. Y al ver su obra, al contemplar cómo su esfuerzo y su pensamiento labraron un pequeño rincón, colocaron una piedra, amaron y cultivaron una flor, iniciaron una serie de vidas, echaron a volar un enjambre de ideas, descubrieron un camino o una verdad, el hombre siente la satisfacción de haber cumplido algo, dejado su huella y su simiente, realizado su ser y su destino. Muchos moralistas, por ejemplo Guyau, encuentran en el poder la génesis del deber y la obligación. "Designamos por deber el poder sobrepujando a la realidad, convirtiéndose por relación a ella en un ideal, llegando a ser lo que debe ser, porque es lo que puede ser, porque es el germen del futuro desbordando ya el presente... De la vida misma y de la fuerza inherente a la vida deriva todo; la vida se forma su ley propia por su aspiración a desarrollarse incesantemente... ; en lugar de decir: **debo, luego puedo**, es más verdad decir: **puedo, luego debo**. Y la libertad es también ese poder de vida adquiriendo conciencia de sí". Sólo los débiles, la vida que languidece encuentran en el determinismo o el fatalismo un pretexto para inhibirse de obrar, para entregarse al pesimismo

o a la abulia, al ocio o al vicio. Somos dueños de una fuerza de cuyo ejercicio y aplicación está pendiente el futuro del mundo, de una porción de poder que sólo a nosotros nos pertenece y que sólo por medio de nosotros influirá en el curso de los destinos, de una causalidad cuyos efectos serán nuestra obra y nuestra proyección.

Poder de obrar es la libertad, y ella aumenta, se magnifica, cuando mayor es ese poder; ella se reduce, se debilita, se anula cuando merma y desaparece el poder. El obstáculo, que limita a éste limita a aquella. El obstáculo es siempre un límite y éste es siempre la realidad que está fuera de nosotros. El gran problema de la libertad es la lucha con el límite, que será tanto mayor cuanto mayor sea la relación de exterioridad, cuanto más difícil sea que esa realidad se comunique con nosotros, con nuestro ser íntimo, se compenetre con la realidad subjetiva de nuestro yo, obre con nosotros en conjunción plena, en armonía y unión perfectas. Ser libre no es ni puede ser romper la vinculación que nos une con el mundo exterior, sino afán de estrecharla, de convertir la simple relación material en unión, unión vital, unión moral, unión espiritual. La relación de exterioridad misma es un principio de unión; lo que nos limita y resiste unido está a nosotros de algún modo, obrando está en nosotros, recibiendo está nuestra influencia y los efectos de nuestro poder. La relación, como la pluralidad, es también ley fundamental porque es la expresión de la solidaridad primordial de todos los seres y de todas las cosas. Pero nuestro poder se acrecienta cuando por cualquier medio lo exterior se vincula con nosotros, estrecha su relación, decrece en su carácter de límite. El hombre, a la inversa de lo que pensara Rousseau, nace esclavo porque nace indigente de muchas cosas, que diría Platón. Robinson Crusoe, solo en su isla, tiene que ir conquistando su libertad poco a poco, en labor paciente y porfiada, en lucha abierta con un medio físico que en todo se halla en estado bruto, esto es, no transformado convenientemente para satisfacer las necesidades humanas, o sea, para unirse e incorporarse a la vida del hombre.

La libertad no puede concebirse como la facultad de destruir el obstáculo en cuanto realidad, sino en cuanto límite. Lo que hay de realidad en el obstáculo nos atrae e interesa, despierta nuestro deseo, estimula nuestra actividad. Deseamos siempre conocerla y unirnos a ella. Lo que de-

seamos destruir, lo que deseariamos que desapareciese en cierta medida —y si fuese posible de manera absoluta— es el carácter de límite, la condición de límite, la relación de límite que la realidad exterior tiene para nosotros. Ese es el afán de la vida, ése el afán del pensamiento, ése el afán de la voluntad y el corazón.

Al concebir la libertad como independencia de la voluntad, puede que se tienda a imaginársela como desligada de toda relación con las cosas y los demás hombres. Y eso es absurdo. Desligarse es esclavizarse. Lo que rompiese los lazos que nos unen con el mundo exterior, en vez de estrecharlos y robustecerlos, rebajaría nuestro poder, el poder de nuestra voluntad, daría fuerza a la relación de exterioridad, nos aislaría y empequeñecería. "Somos partes y miembros unos de otros" dijo San Pablo, y así nuestro poder y nuestra libertad se nutren de las otras cosas, de las otras voluntades, de los otros hombres, de la posesión de las unas, del acuerdo y armonía con los otros, de la comprensión y amor de todo.

Ser libre es poder hacer muchas cosas, para lo cual es menester poseer muchas cosas, haber incorporado al propio ser muchas realidades. Robinson Crusoe es esclavo porque tiene que luchar con todo y no puede disfrutar del poder y amparo que la sociedad comunica y de las cosas que, mediante la cooperación social, se han hecho para facilitar la vida humana. Robinson es esclavo porque está solo en medio de la naturaleza bruta, no modificada por la acción social de los hombres para subordinarse a ellos, unirse a ellos, para satisfacer sus necesidades, la necesidad de mantener vitalmente unidos y vinculados en su ser muchos elementos, muchas cosas con toda su potencialidad. No es verdad que el hombre sea más libre fuera de la sociedad, como pensaba Rousseau. La sociedad es unión de vidas, de voluntades y conciencias y crea un poder colectivo que refluye en acrecimiento del poder individual. Un hombre puede muchas cosas en el seno de la sociedad; puede muy pocas cuando está solo. Luego, si la libertad no es algo puramente negativo, si ella tiene un poder positivo, ella vive y se enriquece merced a la comunió n de nuestro ser propio con el ser de los demás. El pobre, que carece del poder que da la riqueza acumulada, cuya virtualidad es en buena parte producto social, puede muy poco, hace muy poco, vive muy poco. Y de ahí su falta de libertad, su miserable esclavitud.

El hombre vive naturalmente en sociedad por su misma aspiración de poder y libertad, ya que entre semejantes, seres de igual naturaleza, que tiene mucho de común, existe un gran principio de unidad que los atrae y mueve a juntar esfuerzos, cambiar servicios, proponerse fines, buscar bienes que servirán a todos y enriquecerán el patrimonio económico y espiritual de cada uno. Todo principio de unidad tiene esa virtud creadora y misteriosa. Crea entidades nuevas con nuevo poder, que agranda y perfecciona el poder limitado y aislado de los elementos que se han unido para componerlas. Destruído el límite que separaba a esos elementos, porque se destruye en parte la relación de exterioridad —relación material— que había entre ellos, se hace posible una nueva vida, que es mayor unión, mayor armonía, síntesis fecunda, el principio de la vida del espíritu.

Libertad es poder, poder amplio y vario. El poder viene de la función de un principio de unidad que abarca la pluralidad, siendo mayor el poder cuanto más varia y más grande es la pluralidad y más íntimo, armónico y fuerte el principio de unidad. La pluralidad sin unidad es disgregación, limitación, pobreza, esclavitud. Y la unidad sin pluralidad, es lo estéril, lo impotente y también lo pobre y limitado. Unir, vincular es crear poder, crear libertad. "Pensar es unir", dijo Kant. "Pensar es asociar", añadió Fouillée. Y el pensar hace al hombre grandemente poderoso. Dios es omnipotente y libre porque es infinito, deben de pensar los teólogos. Ser infinito es no tener límites, es decir, abarcar en sí la plenitud de la realidad y, en consecuencia, no tener relación de exterioridad con nada, estar vinculado plenamente con todo o vincular todo en sí. Por eso dice Fouillée, como ya lo hemos recordado, que el **maximun** de potencia individual, en que consiste el contenido positivo de la libertad, no se alcanza sino en la acción realizada en vista de lo **universal**. El error de Nietzsche está en creer que la potencia vive y se engrandece en razón del "orgullo, la voluptuosidad y el espíritu de dominación", tres virtudes cardinales que siguiendo torpemente el primitivo impulso biológico de aprovecharse de lo otro en puro beneficio propio, quieren, en las relaciones humanas, olvidar la otra faz del vivir, vivir para otro y en otro, poder para otro y en otro, que es precisamente la fecundidad y la química de las voluntades y las almas, que naciendo en la reproducción biológica, logra intensificarla y superarla y que es capaz de

cuajar poder superior para uso y provecho de todos. Quien quiera el mayor poder habrá de unirse espiritualmente con el todo. La dominación taja la realidad humana en dos partes, abriendo un abismo, partes que al declararse la guerra se limitan y empequeñecen. El auge del dominador es ilusorio porque aniquila fuerzas que debió incorporar en sí para la mayor potencia; su victoria individual, a costa del desmayo o muerte de otras potencias, deja en la inacción y esterilidad gran caudal de fuerza. El que ama, en su ansia de unión, no sabe si desea ser asimilado o asimilar, pero tiene el certero instinto de que todo el tesoro esencial de su alma y de la amada será aprovechado y acrecentado en la consumación del misterio del amor. Destruir espíritus, dominar almas, apagar conciencias, encadenar voluntades, abatir pensamientos, matar ideas es amenguar el poder y aumentar la esclavitud humana en el dominador y en los dominados. El dominador explota parte de la fuerza de los dominados, pero la mejor potencialidad de ellos se inhibe y es cegada en su fuente. Si acertase a exprimir todo el raudal oculto en las almas y embeberlo, su potencia se tornaría magnífica. Pero eso no se consigue por artes de dominación,残酷和 tiranía. El camino es otro. Es menester la vara mágica que hiende la costra exterior y hace brotar el agua de la roca, la que destruye el límite para que afluyan y se confundan las vivas realidades interiores en el gran río humano, acaso universal. Esa vara mágica es la clave del destino del hombre y el destino de los mundos. "Hacer que late y palpite en el corazón de cada uno el corazón de todos; hacer pensar en el cerebro de cada uno el cerebro de todos; he ahí el ideal social y moral", dice Fouillée; he ahí también el ideal de poder y libertad, decimos nosotros. El ideal de libertad que exige la necesidad de la expresión y desarrollo individual, el mayor poder de obrar, el derecho de gobernarse y dirigirse, reconoce y comprende que esa necesidad, poder y derecho no pueden menos de alimentarse, en el terreno ético, de la unión interior con el todo por medio del pensamiento y el corazón, a fin de combatir el límite que esclaviza y empobrece y es el obstáculo tiranizante. Sólo que, repetimos, aquello no puede provenir sino de espontaneidad radical que excluye la fuerza de la autoridad externa, la juntura mecánica, la unión artificial. Aquello ha de verificarse desde adentro, desde las honduras del espíritu y las fuerzas vitales. No es obra de políticos en acción exte-

rior y coactiva. Será prodigo de las virtualidades esenciales de la realidad y la vida o no habrá de ser nunca. En todo caso, conviene apuntar el ideal, y, por tanto, cuál debe ser la tendencia en el camino de la verdadera liberación. En todo caso, también, conviene hacer notar que el simple hecho de la conciencia que, como hemos visto, envuelve de algún modo, en síntesis profunda e innegable, el yo y el no yo, lo propio y lo ajeno, lo subjetivo y lo objetivo, lo interno y lo externo, lo uno y lo otro, está esbozando el rudimento y la posibilidad de ese ideal e iniciando esa tendencia. Y en el hecho de conciencia es el pensamiento la función más alta y amplia, totalizadora, en el sentido de la unificación y de la síntesis. Veamos sus relaciones con la libertad.

"El acto libre, ha dicho Bergson, es el que emana del yo y del yo solamente, con exclusión de una influencia exterior cualquiera". Esto admitido, es preciso recordar qué es lo que constituye el yo.

El centro o núcleo de nuestro ser interior, o simplemente de nuestro ser, hemos dicho o dado a comprender que es el yo. "Aquellos que une todos los procesos psíquicos de un individuo en una unidad, de tal suerte que estos procesos sólo le pertenecen a él, es justamente el yo" afirma Aloys Müller. Cosa difícil de explicar y analizar y clara de sentir, pero que, en suma, es lo que forma este pequeño mundo que cada uno es, lo que une y delimita, cohesiona y agrupa trazando, como si dijéramos, la línea divisoria entre el ser de uno y el ser de otro. Es la conciencia de que se es unidad distinta de otras realidades, unidad que enlaza varios fenómenos en el propio ser. El yo, en esto, desempeña el mismo papel que el principio de individualización. Por eso el **yo** se contrapone al **no yo**, sin perjuicio de abarcar también una pluralidad. Muchos han identificado el yo y la conciencia, y otros, el yo y la persona. Puédase o no identificarlos, es lo cierto que si bien hay un principio de unidad en la cohesión, por ejemplo, de los átomos de una piedra, cohesión que justamente la constituye en cuerpo y ser separado y distinto, la piedra, por carecer de conciencia, no puede decir **yo** como no puede decir **soy**.

Y si todavía no es dable concebir el ser sin la conciencia, se nos hace difícil, casi imposible, hablar del yo suprimida aquella revelación y presencia del ser en sí mismo; y, en cambio, si esa revelación es tan clara que se corona y aureola de pensamiento y sentimiento y da lugar a la perso-

na, hablar de un yo se vuelve cosa natural y propia. Consideremos, pues, el yo consciente y el yo personal en sus relaciones con la libertad.

Me inclino a creer que lo que parte del núcleo luminoso que la conciencia esclarece lo sentimos más nuestro y más de nuestro yo que lo que nos viene de las profundidades de lo inconsciente. Es cierto que lo que viene de lo inconsciente tiene gran poder que, a veces, la mayor parte de las veces, lo avasalla y arrastra todo. Pero eso no quiere decir que lo consideremos como nuestro, identificado con nuestro yo. Quizá no podamos contener y atajar esa fuerza que se apodera de nosotros y nos constriñe a obrar de tal o cual modo, pero entonces nos sentimos víctimas, esclavos, juguetes del propio temperamento o del destino, pero no libres. Nos damos cuenta, al sentir el empuje de lo inconsciente, de que dentro de nuestro propio ser pesa, con la gravitación de lo enorme, de lo que forjó y acumuló una serie de generaciones y circunstancias, con la fatalidad de las moles y masas que vienen de lejos, trayendo incalculable velocidad adquirida, la influencia de una fuerza que difficilmente podemos contrarrestar. Es la herencia, el hábito heredado que nos constituye, la corriente que determinó nuestro ser en un punto de su curso, que quiere arrastrarnos, llevarnos, con su impulso y dirección, por el mismo cauce, por la misma quiebra, hacia el mismo mar. Y junto a esta fuerza se pone tan sólo, para contrapesarla o robustecerla según los casos, la del medio exterior, físico o social, de cuya conjunción o choque, de cuya influencia recíproca, con la primera nacerá un determinismo fijo y terminante donde el índice personal, el factor individual desaparece. Por lo pronto, advirtamos que, cuando hablamos del yo consciente, no queremos afrontar el problema del influjo de la conciencia distinguiéndola, como lo hace Le Dantec por ejemplo, del pensar considerado como función dinámica de las células cerebrales, como fenómeno de movimiento propio y característico de la sustancia cortical gris, sino que deseamos referirnos a los fenómenos, innegables como fenómenos, a que la conciencia acompaña —sea o no sea ésta **epifenómeno**— tales como la reflexión y el pensamiento contrapuestos al instinto y al hábito. Y decimos que dichos fenómenos, los constituidos por la reflexión pensante, los sentimos, los consideramos como más nuestros, más identificados con nuestro yo que aquello que emanan de lo inconsciente, es decir, de fenóme-

nos a que la conciencia no acompaña. Así queda precisado nuestro punto de vista, independiente, como se ve, de la discusión relativa a si la conciencia pura, la simple presencia de un ser a sí mismo, entra o no entra en la concatenación de los fenómenos. La antinomia que se nos presenta es la del instinto, la del hábito heredado o adquirido, que se ha vuelto fuerza organizada anteriormente, que irrumpie, imperativa, en los momentos de obrar y a la que se opone la de reflexión y pensamiento que parece ser la obra de nuestro yo consciente. Los psicólogos distinguen un deseo **en nosotros** de **nuestro** deseo, **en mí** y **mi** deseo. Hay deseos e impulsos que no sabemos de dónde vienen, que aparecen de súbito y que nos impelen con extraña y extraordinaria fuerza, que usurpan nuestro yo y nos subyugan; pero ésos no son nuestros deseos. Un deseo nuestro es aquel que lo vemos nacer en el punto claro del pensamiento, en clara relación con causas y motivos, armonizado con todo, en síntesis racional evidente. Puede parecer, y conceptuamos una ilusión dimanada del gran poder de lo inconsciente, que la frágil y móvil luz del pensamiento, que vive de lo universal, de lo que puede creerse ajeno a nuestro yo profundo —el que se sumerge y tiene sus **raíces** en lo inconsciente o subconsciente— es algo alimentado de lo exterior, reacción débil, en frente de la vida del universo, que apenas roza el acervo constitutivo con que **nacimos y hemos sido** disparados y el que es, en verdad, **la fuerza, el ser, la realidad que somos**. Difícil es discernir lo que debe reputarse como el verdadero **yo**, no podemos negarlo; pero para precisar, aclarar, definir la esencia, idea o concepto de la libertad, tal determinación es indispensable. Nosotros creemos, ante todo, que hay en nosotros, como verdaderos **yos**, como debe haber en todo ser individual, un punto,, un algo constituyéndonos de tal manera que nos distinga, en cada momento de nuestra vida, del ser heredado, del ser pasado, del ser que nos legaron y del ser que fuimos. No somos, ni podemos ser pura y simplemente lo que fueron nuestros antepasados ni lo que fuimos ayer. Y tampoco podemos ser, pura y simplemente, lo que el medio, en acción exterior, esencialmente exterior, nos hace. No seríamos entonces nada. El principio de variedad y de individuación no existiría. El de cambio y evolución tampoco.. Cuando se quiere establecer un determinismo absoluto, una pura y absoluta acción exterior como explicativa de todo, resulta que el ser se deshace, se

evapora, se vuelve no ser, el yo se esfuma y pierde. Si todo lo que somos viene de fuera ¿qué es, a su vez lo de fuera? . . . . . Se quiere hacer de la relación lo absoluto y se queda sin relación, en el puro vacío, sin poder explicar nada. Es, por tanto, necesario suponer, admitir o intuir que lo real de nuestro yo es algo distinto, propio, único, que si está influido por lo otro —la herencia, el medio— es también una fuerza que puede reaccionar e influir. Lo enteramente pasivo no se comprende, lo exterior sin interior es un contrasentido, la relación sin términos, sin cosas relacionados es un absurdo, y no sólo choca esto a nuestra razón, sino que es rechazado por el sentimiento íntimo, por la conciencia clarísima de que somos algo distinto, original y propio en el espacio, en el tiempo, en el mundo de las cosas y de los espíritus. Quizá, en las explicaciones científicas, no podemos ver ese algo individual que cada ser es, que cada yo posee como esencia propia, porque bien sabido está que no hay ciencia, como decía Aristóteles, sino de lo general, porque la ciencia no aprehende sino aquello que relaciona a las cosas causalmente y por sus semejanzas, lo que es un vínculo exterior. Explicar, en el sentido de la ciencia, es relacionar las causas con sus efectos y las cosas por sus semejanzas. Es el principio de unidad en lo vario lo que la ciencia busca y lo que alcanza. Pero el otro, el de la variedad, no puede ser cogido por la razón científica, pero debe ser presupuesto, ya que sin él no habría lo general, lo universal, el efecto y la causa, las leyes y los principios, sino la unidad absoluta. Si hay unidad de lo vario, que la ciencia consagra, hay el principio de la variedad, que es, a la vez, el principio de la individuación y el principio de la libertad, que introduce lo heterogéneo en lo continuo, lo nuevo y lo distinto en lo uno y lo semejante, que no tiene explicación, que es lo indeterminado y lo libre, lo absoluto y lo único en medio de lo relativo y común. Una ciencia que no vea sus límites, que no calcule el poder y alcance de su visión, que desconozca el valor de otros medios de conocimiento, como la intuición primaria y fundamental de los hechos, podrá o querrá negar esta verdad, pero habrá entonces de dejarnos con un hilo entre las manos que no enlaza nada ni conduce a ninguna parte.

Debe, pues, haber en cada ser y cada cosa, en cada vida y cada destino, en cada fenómeno y proceso, y así lo sentimos y comprendemos antes de razonar científicamente,

cuando vemos y vivimos, algo que se sustraer a la influencia puramente exterior y que imprime su sello distintivo porque sí, sin que esto impida la esencial vinculación, relación, solidaridad e interdependencia de todo lo plural y vario. Porque este es el hecho, el ser y la vida, mezcla, combinación, síntesis de lo uno y lo múltiple, de la identidad y el cambio, de lo continuo y lo heterogéneo, de lo particular y lo general, de lo semejante y lo diferente, de lo individual y lo común, de lo determinado y lo indeterminado. Cuando esto no se comprende, cuando esto no se intuye en toda su plenitud es inútil dar un paso en orden al conocimiento de la realidad y el sentido ético de la acción.

Inútil asimismo hablar de libertad.

Establecida esta premisa, el hito de la cuestión de la libertad, al tratarse del verdadero y último yo, sería saber si el yo personal, el yo individual se libera o es libre cuando sigue o se identifica con el instinto, hábito o pasión o con la inteligencia, reflexión pensante o razón y la intuición superior de lo universal. Y nos hemos decidido por lo segundo. Ya dijimos que un deseo nuestro es aquel que lo vemos nacer, a cuyo génesis asistimos, cuyos motivos y causas conocemos. Nos es fácil comprender, asimilar, volver propia sustancia ese deseo. No ha sido elaborado afuera, ni antes, lejos de nosotros; ha surgido hoy, en el laboratorio presente y nuestro, alumbrado por la lámpara de la conciencia. Es fruto sazonado con los jugos que la inteligencia recoge por todas partes, escuchándolo y viéndolo todo, lo pasado, lo presente y lo futuro, relacionando el yo con cuantas cosas caen bajo su comprensión. El deseo, la volición, el acto de voluntad que así se determinan no nos tiranizan, no nos martirizan, no nos oprimen, no nos arrastran. Propiamente, no hay en ellos sombra de coacción. Es el armónico movimiento de nuestro ser, de todo nuestro ser, que gira y campea a libertad. Verdad que, cuando un instinto poderoso nos impele, cuando un deseo violento hace presa en nuestro ánimo, el hecho de sofocarlos a fuerza de voluntad racional puede tomar la forma y dar la impresión de nueva tiranía o de dos tiranías que se disputan una víctima. No poder satisfacer una gran pasión, abstenerse de seguir el derrotero que un instinto traza, no dejarse aún abandonar a las exigencias del vicio porque el deber moral, la voz de la razón se levantan también imperativas y lanzan sus mandatos, puede parecer y sentirse también como el efecto de

fuerza que coarta, impide, contraría el libre curso de algo que ya está incorporado al yo y que lo hace vibrar y desear y gozar como si fuese su propia, íntima y total esencia. La hipnosis del deseo pasional, del hábito vicioso, del instinto ancestral así lo simula. Pero es fácil observar que cuando la razón o la intuición moral logran el triunfo, si dolorosa la operación como la amputación de un miembro enfermo, a lo largo de la vida la derrota del instinto, el hábito y la pasión aparecerá a la conciencia subjetiva y por sus efectos o resultados objetivos como una verdadera e inconfundible liberación. Y si triunfa el deseo apasionado o el vicio, el dolor posterior, cuando recobran su natural imperio las otras tendencias y aspiraciones, revelará como fuimos víctimas al seguirlos. Y observemos también que la influencia del pensamiento o sentimiento moral rara vez toma aires de violencia y lucha abierta. El intelecto y la reflexión, que tratan de sustituir la síntesis oscura del instinto y la rutina, con la síntesis clara de lo que la conciencia alumbría, son factores que armonizan y no destruyen y que allí donde encuentran una fuerza, habrán de aprovecharla canalizándola, llevándola en tal sentido y a campos tales donde no puede menos de tornarse útil y beneficiosa. Mayormente en tratándose de instintos o sentimientos fundamentales, fuerzas espontáneas y primitivas del ser, que la inteligencia llamada a ordenar, a combinar, a sintetizar, a unir, presupone, ya que orden, unión o síntesis sin términos, elementos o partes no tiene sentido.

¿Qué lo inconsciente rige y domina la vida? ¿Que pasiones y sentimientos gobiernan al hombre y a los pueblos? Sea, mas quien se sienta dominado por ese poder oscuro y fatal, si a la vez experimenta, aún débil, la claridad del pensar, no se sentirá determinarse por sí mismo y a sí mismo, menos dueño de su destino, de su vida y de sus actos. Poder hecho, organizado, no forja nuevo poder, no genera nada, es producto y efecto, no causa, ni creación; ese poder, deseo o impulso viene a la conciencia con vida extraña, desconocida, oscura; es el pasado, la herencia, el destino, lo fatal, el ser que nos donan y que constituye, aceptémoslo, nuestro yo primero, punto de partida y de arranque. Pero no se puede dudar de que ante este yo constitutivo que somos profunda y fuertemente, hasta el punto de que, a veces, no podemos ser otra cosa y a quien obedecemos en la mayor parte de los casos, ante este yo, decimos, surge ¿có-

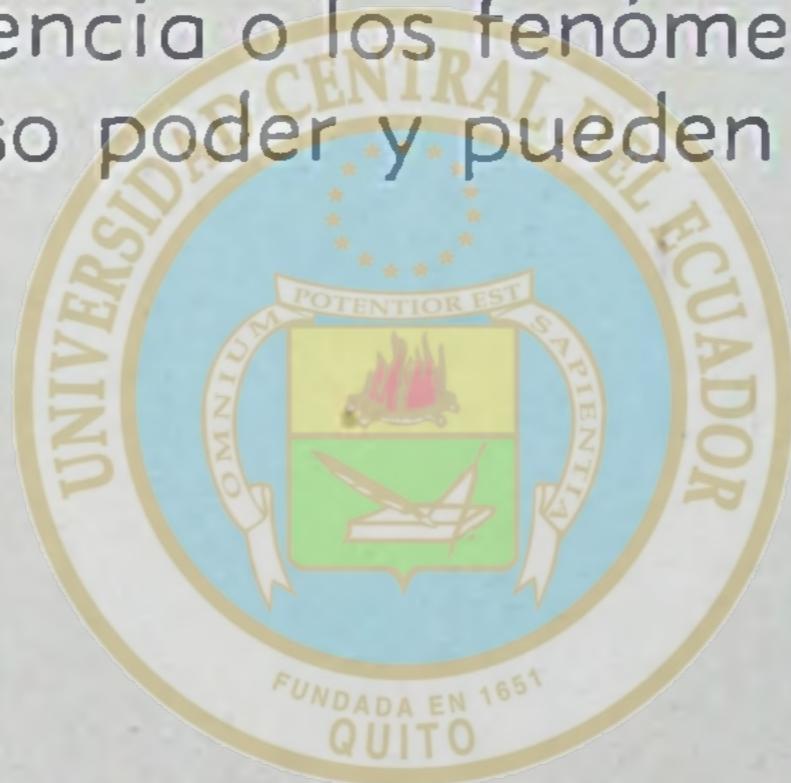
mo, por qué? otro que tiende a libertarnos de la tiranía del primero, el **yo ideal y potencial**, el que se levanta de las reacciones que nuestra conciencia, nuestro pensamiento, nuestra idea provocan y que lucha con denuedo, en los grandes espíritus, en las almas verdaderamente libres, con el yo hereditario y pasivo, representando el esfuerzo liberador y creador, casi siempre vencido, rara vez vencedor, y que no acepta determinación exclusiva y fija, destino fatal, imposición dominadora, que busca cambio, evolución, perfeccionamiento, lo mejor y lo grande, lo selecto y lo alto, variedad, novedad, amplitud y elevación de horizontes. ¿Qué significado, qué valor, qué explicación puede tener el hecho y el concepto del cambio y del movimiento si el ser es pura determinación, invariabilidad y fijeza? ¿Qué sentido la experiencia de que todo puede ser modificado, alterado, transformado? Ese leve y breve vuelo, ese pequeño aleteo fuera, por encima de la tierra, eso es la libertad y la potencia de nuestra libertad. Y ese aleteo y vuelo provienen justamente de aquello que en nosotros es rebeldía contra esas fuerzas que, estando en nosotros, constituyéndonos, quisieramos modificar, enderezar, renovar, quizá anular. Somos así, así hemos nacido, pero querriámos no ser así. Dualidad evidente, que trae consigo la conciencia, la conciencia reflexiva, dualidad que ella muestra y saca a relucir, pero que acaso está latente y latiente en toda vida y en toda realidad. Y esta reacción íntima, este **quid** de nuestra vida psíquica nos dice que no hay nada inmutable, que todo es susceptible de transformarse en la misteriosa química del alma donde existe un poder de liberarnos de lo exclusivo y limitado. Lo único inmutable es el fondo indiscernible donde está la raíz y la esencia común, lo que tiene de vincular y de unir, pero dando paso a la variabilidad infinita de las individualidades y las vidas. Y no es que querramos, al cambiar, dejar de ser totalmente lo que somos, lo que no sería cambio; deseamos tan sólo que lo que somos no sea obstáculo, límite, término, fin, muro que nos impida ser otra cosa; deseamos apropiarnos de lo que está fuera de nosotros, convertirnos en la realidad que hoy no poseemos, crear o realizar lo que aún no somos pero podemos ser, que el ser actual no haya de oponerse al ser potencial. Amamos al ser presente, aún al ser pasado, todo lo que ha sido y es, la esencia de todo ser, pero nos rebelamos contra lo que hay en él de finito, que le vuelve cárcel, horizonte estrecho y cerrado.

El ansia de libertad se confunde con el ansia de lo infinito y es, por lo mismo, una ansia divina. El yo que avanza, que evoluciona, se contrapone al yo constitutivo, al yo de ayer, aún al yo de hoy, en cuanto ellos tienden a fijarse, a parar un curso, o a reproducir lo viejo, la trayectoria ya conocida, la película grabada para siempre. El yo libre es ese yo reformador, henchido de ideales, que rompe el hábito y la anquilosis del pasado a golpes de luz, de latidos eléctricos que descubren inmensidades presentidas y no vistas aún. Ya pensó Fichte que "ser **yo** es en su originalidad, no una determinación, sino una autodeterminación" y que "el mundo espiritual, al menos no es un ser rígido, firmemente sujeto, sino una agilidad pura y creadora". El yo que se **pone** a sí mismo, que se determina a sí mismo, que se hace a sí mismo, con independencia en cierto sentido de su pasado y de su medio, del ser de ayer y del ser exterior, es el yo libre, el yo original, el yo que trae algo nuevo y único al proceso y evolución del mundo, pero que, al mismo tiempo, se compenetra con todo, se abraza al ser universal, se incorpora a la corriente donde fluye la vida sin término ni fin, en síntesis nueva de la propia individualidad con la totalitaria realidad. "En el seno mismo del yo fundamental se forma, dice Bergson, el yo parásito que continuamente embarazará al otro". Dominarlo y vencerlo es conquista, triunfo de libertad. Y agrega Bergson: "En resumen, somos libres cuando nuestros actos emanen de nuestra personalidad entera, cuando la expresan, cuando tienen con ella esa indefinible semejanza que se encuentra muchas veces entre la obra y el artista. Es del alma entera, en efecto, de donde la decisión libre emana; y el acto será tanto más libre cuanto la serie dinámica a que se refiere tienda más a identificarse con el yo fundamental".

Se ha dicho que el genio es inconsciente, que su potencia creadora actúa como las grandes fuerzas naturales. Se ha dicho que educar es hacer entrar lo consciente en la esfera de lo inconsciente, y que sólo entonces la acción educativa es duradera. Es de actualidad el enorme valor que Freud otorga a lo inconsciente en la psicoanálisis y en las apreciaciones sobre la dinamia del instinto sexual o **líbido**. Y se ha pretendido que el más alto grado de perfección para el hombre sería un estado de automatismo, en el cual la moralidad se volviese orgánica y se redujese a puros reflejos. Todo lo que

pudiera creerse que se opone a las ideas que acabamos de exponer.

Pero todo ello no es sino porque lo inconsciente, en verdad, posee y es gran poder y, además, poder organizado, poder de las edades y de los siglos, de las tendencias y hábitos que la vida cimentó y robusteció, acertada o erradamente, siguiendo su impulso genuino o sus extravíos torpes, durante eternidades. Nosotros condensamos en el presente toda una evolución, todo un pasado que está actuando, que está ejerciendo su presión, lanzando su imperativo, disparando su ímpetu, haciendo sentir la fuerza adquirida, amontonada, apretada en canales y tubos que centuplican su empuje. Y entonces, quienes se maravillan y espantan en vista de ese poder, inclinados están a no tomar en cuenta el otro, débil luz que despeja zonas limitadas y cuya influencia, de existir, resulta tan pequeña que puede considerarse inapreciable. Y, sin embargo, la conciencia o los fenómenos a que ella acompaña roen ese inmenso poder y pueden destruirlo.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL